**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***29. Nuevos comienzos***

**Estudio para Grupos de Crecimiento**

**Serie: La Historia de Dios**

***29. Nuevos comienzos***

*«Todo esto lo digo ahora que estoy con ustedes. Pero el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, les enseñará todas las cosas y les hará recordar todo lo que les he dicho. La paz les dejo; mi paz les doy. Yo no se la doy a ustedes como la da el mundo. No se angustien ni se acobarden».* Juan 14:25-27 (NIV).

**Introducción**

En 1910, unos astrónomos observaron correctamente que el cometa Haley aparecería, llevando a muchos líderes eclesiásticos a creer que esto coincidiría con el regreso de Jesús. Los sucesos astronómicos parecen precipitar predicciones similares. En 1919, seis de los planetas del sistema solar se alinearon de una manera inusual, una clara señal de la venida de Jesús, ¿no es cierto? Tal vez no.

**No nos ha dejado solos**

En realidad, este deseo de saber la fecha exacta del regreso de Jesús data de una de las primeras reuniones de Jesús con sus seguidores.

Jesús sabía que estaba por regresar a su hogar en el cielo y quería reafirmarles a sus discípulos que no se quedarían solos por mucho tiempo. Cuando les explicaba lo que sucedería en su ausencia, los discípulos pensaron que se estaba refiriendo al tiempo en que regresaría a la tierra para restaurar su reino, lo que a menudo llamamos la Segunda Venida. La respuesta de Jesús explica por qué todas esas fechas establecidas, aunque bien intencionadas, están equivocadas; por qué ninguno de nosotros puede predecir cuándo regresará Jesús: “No les toca a ustedes conocer la hora ni el momento determinados por la autoridad misma del Padre” (Hechos 1:7). En realidad, ni el mismo Jesús sabe cuándo regresará, y si él no está preocupado por fijar una fecha, ¿por qué deberíamos estarlo nosotros?

Lo que es más importante para Jesús es la misión que les asigna a sus seguidores, y él sabe lo difícil que será para ellos llevarla a cabo por sus propios medios. Así que les cuenta el resto del plan. Ellos se habían reunido en un gran salón para apartarse de las multitudes, y Jesús les habla acerca del Espíritu Santo: “Cuando venga el Espíritu Santo sobre ustedes, recibirán poder y serán mis testigos tanto en Jerusalén como en toda Judea y Samaria, y hasta los confines de la tierra” (Hechos 1:8).

Durante su ministerio en la tierra, Jesús había enseñado el evangelio o las «Buenas Nuevas», las cuales esencialmente describían la forma de regresar a una relación auténtica y personal con Dios. Sin embargo, su ministerio de enseñanza está ahora por terminar, así que les queda a sus seguidores asumir la tarea y ser “testigos” de estas maravillosas noticias.

En los primeros años de mi ministerio, “testificar” era un verbo activo, uno de suma importancia. Era algo que salías a la calle y hacías. Se organizaban campañas enteras para que la gente de la iglesia saliera a sus vecindarios, yendo de puerta en puerta a hablarles a otros de Jesús. No hay nada de malo en eso, excepto por alguna que otra puerta que se cerraba en tus narices. No obstante, Jesús dijo que *fuéramos testigos*, no que *diéramos testimonio*. Ser testigos es algo integral. Es lo que hacemos las veinticuatro horas de los siete días de la semana. Es quiénes somos.

Por supuesto que incluye contarles a otros acerca de Jesús. No obstante, también se evidencia en la manera en que vivimos, en cómo tratamos a otros. La clase de testigo a la que Jesús se refiere se expresa en vidas que reflejan los valores de la perfecta comunidad de Dios, algo que puede resultar sencillo un domingo por la mañana, pero difícil de poner en acción durante la semana, cuando las realidades de la Historia Secundaria desplazan a nuestras intenciones en cuanto a la Historia Primaria. Esta es en definitiva la razón por la cual necesitamos ese poder que Jesús prometió.

El Espíritu Santo, la tercera persona de la Trinidad, desciende a nuestra Historia Secundaria justo cuando Jesús regresa a su lugar en la Historia Primaria de su Padre. Y el Espíritu va a entrar en las vidas de todos los que creemos en Jesús, dándonos el valor y la guía necesarios para cumplir nuestra misión como testigos. La fuerza de nuestro mensaje será nuestra vida cambiada, las personas en que nos estamos convirtiendo en nuestra nueva relación con Dios. Estas noticias, oídas con los oídos y percibidas con los ojos, llevarán a las personas a Jesús, y el Espíritu Santo está justo allí con nosotros a cada paso del camino.

**Hasta lo último de la Tierra**

Jesús incluso les da a sus seguidores instrucciones para que sepan que las Buenas Nuevas son para todos, no solo para el pueblo judío que contaba con ventaja porque conocía y adoraba al único Dios verdadero. Él los instruye para que comenzaran en Jerusalén y luego salieran a la región más amplia de Judea. Desde allí partirían rumbo a la siguiente región y luego seguirían andando hasta que *todos y cada uno* en el planeta hayan tenido la oportunidad de saber de Jesús y unirse a la comunidad perfecta que él está preparando en el cielo.

Después de una charla motivadora como esta, o estaban listos para romper la puerta y salir o se encontraban muertos de miedo. Es muy probable que sintieran un poco de ambas sensaciones. En lo que a ellos concernía, toda esta cosa del reino de Dios descansaba ahora sobre sus hombros. Así que hicieron como Jesús les mandó y esperaron al Espíritu Santo en Jerusalén. Mientras tanto, Jesús se fue, tal como había dicho que haría, y por un breve tiempo los discípulos estuvieron solos.

Entonces ocurrió. Jerusalén estaba una vez más llena de gente que había venido de todas partes para celebrar la festividad de Pentecostés, la cual tenía lugar cincuenta días después de la Pascua. Los discípulos estaban reunidos en un cuarto y el Espíritu Santo vino sobre ellos como fuego esparcido sobre paja seca. De inmediato fueron llenos de un nuevo valor y coraje para llevar a cabo la misión que Jesús les había encomendado.

Ellos abrieron de par en par las puertas del pequeño y húmedo lugar y salieron a las calles de Jerusalén, las cuales rebosaban de gente. Pedro comienza a decirle todo aquel que escucha que este Jesús de Nazaret es el Mesías que han estado esperando, y aún más importante, que pueden establecer una relación con él y por tanto estar con Dios para siempre. No más sacrificios y ofrendas quemadas. No más reglas complicadas. Todo lo que debían hacer era arrepentirse, creer y bautizarse. Sus pecados les serían perdonados y ellos serían salvos del castigo que merecían por esos pecados. Para el tiempo en que Pedro termina de hablar, se habían añadido tres mil seguidores.

La novia de Cristo, su iglesia, había nacido. no estamos hablando acerca de una mega iglesia de tres mil miembros. Esos seguidores de Jesús llenos del Espíritu Santo se reunían en los hogares por toda Jerusalén. Los historiadores nos cuentan que cada iglesia hogareña probablemente tenía alrededor de treinta personas que se reunían. ¡Si esto es cierto, eran más de cien iglesias que formaban un gran panal en toda la ciudad!

¿Qué hacían estos nuevos seguidores de Jesús cuando se juntaban? Al igual que las abejas laboriosas, hacían muchas cosas:

*Se mantenían firmes en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en el partimiento del pan y en la oración. Todos estaban asombrados por los muchos prodigios y señales que realizaban los apóstoles. Todos los creyentes estaban juntos y tenían todo en común: vendían sus propiedades y posesiones, y compartían sus bienes entre sí según la necesidad de cada uno. No dejaban de reunirse en el templo ni un solo día. De casa en casa partían el pan y compartían la comida con alegría y generosidad, alabando a Dios y disfrutando de la estimación general del pueblo* (Hechos 2:42-47).

¡Eso es lo que yo llamo iglesia! Se dedicaban a la hermandad, a la fraternidad. Este primer servicio de la iglesia se hacía durante el tiempo de la comida de la noche, alrededor de la cena. Era allí donde no solo tenían un gran banquete, sino que comían el pan y bebían de la copa a fin de recordar la muerte de Jesús y todo lo que eso había logrado para cambiar el rumbo de sus vidas. Constituían una familia. Oraban juntos y estudiaban la Palabra de Dios juntos.

Cuidaban de sus vecinos, vendiendo sus posesiones para poder suplir las necesidades propias y de los demás. Su ofrecimiento de cuidado era diferente; resultaba incondicional. Cuando ayudaban a alguien, no esperaban nada a cambio. Dios ya les había dado todo en Jesucristo. Ellos nada más estaban devolviéndolo.

Esos nuevos discípulos eran personas agradables, convincentes y llenas de gozo por lo que Jesús había hecho por ellos, y cuando otros veían lo que estaba sucediendo, querían ser parte de ello. Estas pequeñas iglesias crecían a diario con gente nueva que deseaba ser salva de sus pecados para disfrutar de la misma fraternidad que veía en esas iglesias hogareñas. ¿Quién no querría ser parte de una familia así, un movimiento de Dios de este tipo? Esta parte de la historia es tan emocionante porque aquí es donde nuestras vidas se entrecruzan con la Historia Primaria. Los que hemos aceptado el don de la salvación en Cristo Jesús no solo hemos sido perdonados, sino que además hemos recibido el Espíritu Santo que nos da poder para vivir esta vida nueva y mejor. Nos hemos vuelto parte de esta nueva comunidad. Todo lo que esos primeros seguidores experimentaban está a disposición de nosotros hoy. Este nuevo comienzo que empezó con un puñado de gente común continúa hasta este día. Nada puede detenerlo.

**Conclusión**

Jesús no nos deja solos para llevar a cabo su misión. Nos dio el Espíritu Santo para que nos guíe y nos dé la fortaleza necesaria a fin de ser testigos del poder transformador de Cristo en nuestras vidas. También nos dio la maravillosa promesa de que un día regresará. Hablaremos de eso más tarde, pero no podré darte una fecha exacta de su regreso. Y está bien así, ya que en realidad no importa.

Nuestra misión no es saber cuándo regresará Jesús. Más bien debemos vivir como si esto fuera a suceder hoy mismo.